

philippe bourgois en busca de respeto

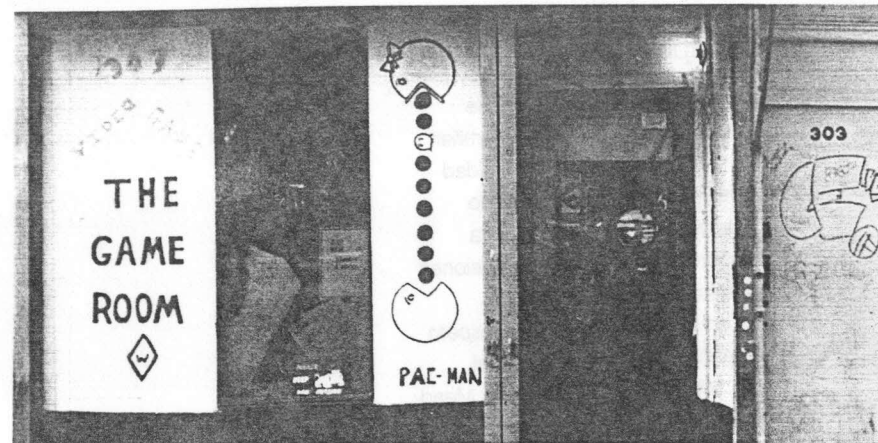
A mediados de los años ochenta, Philippe Bourgois, entonces un joven antropólogo, se instala en East Harlem, uno de los barrios más postergados de Nueva York, y pasa allí casi cuatro años, en contacto con los vendedores de crack de origen puertorriqueño. Su objetivo no es estudiar el circuito de la droga, sino indagar la experiencia de segregación racial y pobreza persistente que acosa al gueto latino precisamente en la ciudad más rica del mundo.

El problema que afronta, metodológico y ético a la vez, es cómo acercarse a esos jóvenes que, condenados de antemano al fracaso, sólo en la economía ilegal encuentran un atajo para acceder al sueño americano. Es preciso establecer con ellos lazos de confianza que permitan hacerles preguntas incisivas con respecto a temas personales y esperar respuestas serias y reflexivas. Bourgois amanece en las calles con los protagonistas de este libro, conversa y discute con ellos, participa de sus fiestas y reuniones familiares, entrevista a sus parejas, a sus padres y también a los políticos locales.

Descubre así que a la veintena de traficantes que aparecen en estas páginas, al igual que a sus familias, no les interesa mucho hablar de las drogas. Más bien quieren hablar de la lucha diaria que libran por sobrevivir con dignidad: relatan sus frustradas experiencias de escolarización, su ingreso en la cultura callejera y en las pandillas, sus accidentados intentos de conseguir trabajo legal, su iniciación sexual y sus modelos de maternidad y paternidad, sus ardides para acceder a los planes de asistencia social, sus formas de afirmación cultural.

Ya un clásico de los estudios etnográficos, *En busca de respeto* no sólo es un ensayo sobre la violencia autodestructiva de la calle y la búsqueda cotidiana de respeto, sino también, y sobre todo, una suerte de diario extremo de la investigación misma, un cuaderno de bitácora que muestra los complejos dilemas que debe resolver quien está abocado a explorar el sufrimiento social de esta época.

philippe bourgois
en busca de respeto



EN BUSCA DE RESPETO

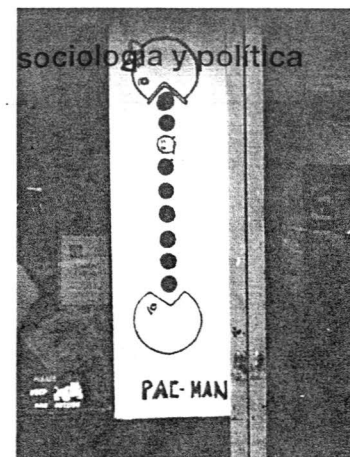
vendiendo crack en harlem

philippe bourgois

philippe bourgois

Es profesor Richard Perry de Antropología y Medicina Familiar y Comunitaria en la Universidad de Pensilvania. Ha publicado numerosos artículos sobre la pobreza, las drogas, las tensiones étnicas, la violencia y el VIH. Con su libro *En busca de respeto* ganó, entre otros premios, el C. Wright Mills y el Margaret Mead. En 2009 publicó, junto con Jeff Schonberg, *Righteous Dopefiend*, un estudio etnográfico que documenta, mediante fotos, doce años en la vida de una comunidad de heroinómanos y consumidores de crack que viven en las calles de San Francisco. Además de sus estudios sobre la pobreza y las drogas en las ciudades estadounidenses, ha realizado investigaciones etnográficas en Centroamérica, como la que dio lugar a su primer libro (*Banano, etnia, y lucha social en Centroamérica*), que describe las condiciones de vida de los trabajadores de la banana en Panamá y Costa Rica. Con Nancy Scheper-Hughes publicó, en 2004, *Violence in War and Peace*. Actualmente investiga las relaciones entre la pobreza, las drogas y la violencia en el barrio puertorriqueño del norte de Filadelfia.
<www.philippebourgois.net>

Imagen de cubierta: *El Salón de Juegos*,
fotografía de Philippe Bourgois



philippe bourgois en busca de respeto

Otros títulos publicados:

Outsiders

Hacia una sociología
de la desviación

Howard Becker

Trucos del oficio

Cómo conducir su investigación
en ciencias sociales

Howard Becker

Una invitación a

la sociología reflexiva

Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant

Las dos caras de un gueto

Loïc Wacquant

Los condenados de la ciudad

Gueto, periferias y Estado

Loïc Wacquant

La ciudad vista

Mercancías y cultura urbana

Beatriz Sarlo

El sentimiento de inseguridad

Sociología del temor al delito

Gabriel Kessler

Cambio de época

Movimientos sociales
y poder político

Maristella Svampa

El sentido social del gusto

Elementos para una sociología
de la cultura

Pierre Bourdieu

 **siglo veintiuno**
editores

www.sigloxxieditores.com.ar
lectores@sigloxxieditores.com.ar

Traducción de Fernando Montero Castrillo

EN BUSCA DE RESPETO

vendiendo crack en harlem

philippe bourgeois

 **siglo veintiuno**
editores



siglo veintiuno editores

Guatemala 4824 (C1425BUP), Buenos Aires, Argentina

siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

Cerro del Agua 248, Delegación Coyoacán (04310), D.F., México

siglo veintiuno de españa editores, s.a.

c/Menéndez Pidal, 3 BIS (28006) Madrid, España

Para Emiliano.

Bourgois, Philippe

En busca de respeto : vendiendo crack en Harlem. - 1ª ed. - Buenos Aires : Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2010.

424 p. ; 16x23 cm. - (Sociología y política)

Traducido por: Fernando Montero Castrillo

ISBN 978-987-629-129-3

I. Adicciones. 2. Consumo de Drogas. I. Montero Castrillo, Fernando, trad. II. Título
CDD 362.29

Título original: *In Search of Respect. Selling Crack in El Barrio*
(Cambridge University Press, 2003, segunda edición)

La presente edición ha sido ampliada y actualizada por el autor.

© 2003 Philippe Bourgois

© 2010, Siglo Veintiuno Editores Argentina S. A.

Diseño de cubierta: Peter Tjebbes

ISBN 978-987-629-129-3

Impreso en Artes Gráficas Delsur // Alte. Solier 2450, Avellaneda,
en el mes de julio de 2010

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina // Made in Argentina

Cada mañana se nace de nuevo

La calle también tiene encanto, pana,
como cual compra y venta.
Tiene brisa, y fresca, tiene amor
como cualquier lugar.

¡Vaya!

Aquí la luz lustra lo oscuro
hasta que queda
como nuevo.
Te venden lo que no pediste
y no te dejan olvidar
lo que jodiste.

El comerciante audaz deambula
con el material a cuestras;
el negociante te devora
sin que te des cuenta.

Aquí verás a nuestros bellos hijos
en toda clase de infierno,
en la brega por sobrevivir y hacerlo bien,
los verás mecerse juntos en la niebla oscura
y compartir amor
y sonreír perdones como Cristo,
cargar cruces de gueto
que tan sólo aquí se pueden soportar.
¡Ajá, anda, vente a mirar!

La calle vive, pana,
como un sol joven, tierno,
gentil
como un antiguo sueño sin cumplir.
Ajá, anda, vente.

Nuestros hijos nacen como rosas,
sin espinas,
a la larga los esquinan
el racismo y el desdén.

Nuestros hijos son belleza
con derecho a nacer.
Nacer otra vez al amanecer
como un hijo del ocaso
en vuelo hacia la luz del sol,
cada mañana un nuevo renacer.

¡Punto!

Piri Thomas

Índice

Nota sobre la traducción	13
Agradecimientos	15
Prefacio a esta edición	19
Prefacio a la segunda edición	23
Introducción	31
La economía subterránea. La cultura de las calles: resistencia y autodestrucción. Los estereotipos y la metodología etnográfica. Una crítica de la cultura de la pobreza	
1. Etnia y clase: el <i>apartheid</i> estadounidense	49
La malicia de las calles. Los parámetros de la violencia, el poder y la generosidad. Las barreras del capital cultural. Enfrentamientos étnicos y de clase. El racismo y la cultura del terror. La interiorización de la violencia institucional. El acceso a la casa de <i>crack</i> . La relación entre afronorteamericanos y puertorriqueños en la calle	
2. Una historia de las calles de El Barrio	75
De jíbaro puertorriqueño a vendedor de <i>crack</i> . La responsabilidad individual en la calle. Las oleadas de inmigrantes. La "invasión" italiana de East Harlem. La "invasión" puertorriqueña. Pobreza y deterioro ecológico. Reconcentración de la pobreza en el extremo oriental de East Harlem. De cantina clandestina a casa de <i>crack</i> . La omnipresencia de la heroína y la cocaína. El legado de la mafia y la economía sumergida. El <i>crack</i> , la cocaína y el libre comercio	

3. La administración de una casa de <i>crack</i> : dependencia, disciplina y dignidad	103
La vida con el <i>crack</i> . Reforma en el Salón de Juegos. El freno a la adicción y la canalización de la violencia. Traficantes de salario mínimo. Conflicto entre gerencia y fuerza laboral en el Salón de Juegos. La camarilla y la seguridad de la casa de <i>crack</i>	
4. La "brega legal": humillación y oposición en el trabajo	137
Desacato, desidia y autodestrucción. Los primeros en ser despedidos, los últimos en ser contratados. La interiorización del desempleo. Sueños de cambio. En busca del sueño del inmigrante. Desilusión en el sector de servicios. La humillación en la oficina. La humillación entre los sexos. Las guerras internas. Las tretas del débil. La ropa <i>cool</i> y el poder simbólico. Fraudes sindicales: racismo y extorsión. La opción de los recién llegados. La opción de la biculturalidad: movilidad social o traición	
5. La educación criminal	193
Delincuencia en el jardín de infantes: primeros enfrentamientos con el capital cultural. Violencia institucional y familiar. Aprendizaje de las destrezas callejeras en la escuela media. El lugar de los compañeros. Desobediencia y rabia juvenil en la <i>inner city</i> . Violaciones colectivas entre adolescentes	
6. Redefinición callejera del rol de los sexos	229
Testigos del patriarcado en crisis. Violencia doméstica en el torbellino postindustrial. Liberación femenina o celos sexuales. La recuperación: sexo, drogas y un nuevo amor romántico. La inversión del patriarcado. Los contextos contradictorios de las luchas femeninas. Enfrentar al Estado: madres solteras y asistencia pública. Interiorización de las restricciones institucionales. Madres encarceladas	
7. Familias y niños que sufren	273
Hijos de la cultura callejera. El castigo callejero de las niñas. En busca de sentido: dar a luz en El Barrio. El oprobio de las madres y el <i>crack</i>	

8. Padres vulnerables	301
Celebración de la impotencia paterna. La masculinidad en crisis. Las bases materiales de la violencia íntima. Sueños de paternidad. La adaptación al patriarcado	
Conclusión	333
Contra las desigualdades étnicas y de clase, más que contra las drogas. <i>Hip hop</i> jíbaro: hacia una política de respeto mutuo	
Epílogo	343
Epílogo a la segunda edición	353
Epílogo a esta edición	367
Notas	373
Bibliografía	397
Glosario	417

Introducción

Pana, yo no culpo a nadie aparte de a mí mismo por la situación en la que estoy.

Primo

Me metí en el *crack* en contra de mi voluntad. Cuando llegué a East Harlem, El Barrio,¹ en la primavera de 1985, buscaba un departamento económico en Nueva York donde pudiera escribir un libro sobre la experiencia de la pobreza y la marginación étnica en el corazón de una de las ciudades más caras del mundo. Desde una perspectiva teórica, me interesaba examinar la economía política de la cultura callejera en la *inner city*.^{*} Desde una perspectiva personal y política, deseaba investigar el talón de Aquiles de la nación industrializada más rica del mundo, y documentar la manera en que les impone la segregación étnica y la marginación económica a tantos de sus ciudadanos afronorteamericanos y latinos.

Pensaba que el mundo de las drogas sería solamente uno de los muchos temas que exploraría. Mi intención original era indagar la totalidad de la economía subterránea (no sujeta a impuestos), desde la reparación de autos y el cuidado de niños hasta las apuestas ilegales y el tráfico de drogas. Antes de conocer el vecindario, nunca había escuchado hablar del *crack*, ya que este compuesto quebradizo hecho de cocaína y bicarbonato de sodio, procesados para formar gránulos eficazmente fumables, aún no se había convertido en un producto de venta masiva.² Al concluir mi primer año, sin embargo, la mayoría de mis amigos, vecinos y conocidos habían sido absorbidos por el ciclón multimillonario del *crack*: lo vendían, lo fumaban, se desesperaban por él.

^{*} La expresión *inner city* surgió en los años ochenta en los Estados Unidos como un eufemismo de la palabra "gueto", que sigue utilizándose en la lengua coloquial para referirse a los enclaves urbanos altamente segregados como el Bronx y Harlem. No hay palabra en español que condense los significados culturales, sociales y políticos que ha llegado a poseer esta expresión. Otros traductores de los artículos de Philippe Bourgois han utilizado frases más extensas como "los distritos pobres de la ciudad central", "las zonas urbano-marginales" y "las zonas deprimidas de la ciudad". Aquí hemos decidido conservar la expresión en inglés, siguiendo el criterio de la traducción francesa de este libro (París, Seuil, 2001, traducción de Lou Aubert). Véase también la traducción al italiano que hizo Alessandro De Giorgi (Roma, Derive Approdi, 2005). [N. del T.]

Siguiéndoles el rastro, observé cómo la tasa de homicidios ascendía vertiginosamente en los *tenements** frente a mi edificio hasta convertirse en una de las más elevadas de Manhattan.³ Las ampollas vacías de *crack* crujían bajo los pies de los peatones, tanto en la vereda frente al edificio incendiado y abandonado de la esquina de mi cuadra como en los terrenos baldíos repletos de basura que rodeaban mi edificio. Casi diez años después, cuando la primera edición de este libro iba a la imprenta, los llamados "expertos en drogas" seguían discutiendo la posibilidad de que el país padeciera un serio problema con las drogas mientras esta misma vereda continuaba llenándose de todo tipo de restos derivados de su uso. La única diferencia a mediados de los años noventa era que en las cunetas había jeringas hipodérmicas junto a las ampollas de *crack*. La heroína se había vuelto a sumar al *crack* y a la cocaína como una de las drogas predilectas de los residentes de la *inner city*. Tras bajar el precio y mejorar la calidad de su producto, los proveedores internacionales de heroína recuperaron la participación que habían perdido en el mercado de sustancias psicoactivas.⁴

LA ECONOMÍA SUBTERRÁNEA

Este libro no habla exclusivamente sobre el *crack*. El consumo de drogas en las zonas urbanas es solamente un síntoma —y a la vez un símbolo vivo— de una dinámica profunda de alienación y marginación social. Desde luego, en un plano personal inmediatamente perceptible, la narcodependencia es uno de los hechos más brutales entre los que configuran la vida en las calles. Sin embargo, a la veintena de traficantes con quienes entablé amistad, al igual que a sus familias, no les interesaba mucho hablar acerca de las drogas. Más bien, querían que yo supiera y aprendiera sobre la lucha diaria que libraban por la dignidad y para mantenerse por sobre la línea de pobreza.

De acuerdo con las estadísticas oficiales, mis vecinos de El Barrio debieron haber sido pordioseros hambrientos y harapientos. Dado el costo de la vida en Manhattan, para la mayoría de ellos debió de haber sido imposible pagar el alquiler y hacer las compras mínimas de alimentos y, además, lograr cubrir el costo de la electricidad y el gas. Según el censo de 1990, el 39,8 por ciento de los residentes de East Harlem en ese año vivían bajo la línea federal de pobreza (en comparación con el 16,3 por ciento de todos los residentes de Nueva York) y un 62,1 por ciento percibía menos del doble del ingreso oficial

* Edificios angostos construidos en Nueva York durante el siglo XIX y principios del XX para el alquiler de departamentos económicos. [N. del T.]

que demarca ese nivel. Las manzanas a mi alrededor eran aún más pobres: la mitad de los residentes vivía bajo la línea de pobreza.⁵ Si se toma en cuenta el precio de los bienes y servicios básicos en Nueva York, esto quiere decir que, de acuerdo con las medidas económicas oficiales, más de la mitad de la población de El Barrio no tenía lo necesario para subsistir.

No obstante, la gente no está muriéndose de hambre a gran escala. Muchos niños y ancianos carecen de dietas adecuadas y padecen frío en el invierno, pero la mayor parte de la población viste adecuadamente y goza de buena salud. Rehuyendo tanto el censo como los impuestos, la inmensa economía subterránea permite que cientos de miles de neoyorquinos vecinos de barrios como East Harlem logren subsistir, aunque sea con el mínimo de las facilidades que los estadounidenses perciben como sus necesidades básicas. Mi principal propósito era estudiar los métodos alternativos de generación de ingresos, las estrategias en las que los jóvenes de mi vecindario parecían invertir mucho de su tiempo y energía.

A lo largo de las décadas de 1980 y 1990, poco más de una de cada tres familias en El Barrio recibía asistencia pública.⁶ Los responsables de estos hogares pobres se veían obligados a buscar ingresos suplementarios para mantener vivos a sus hijos. Muchas eran madres que optaban por cuidar a los hijos de algún vecino o por limpiar la casa de algún inquilino. Otras trabajaban por las noches como cantineras en las casas de baile o en los clubes sociales dispersos por el vecindario. Algunas trabajaban en sus casas como costureras sin registrar para contratistas de las compañías textiles. Muchas otras, sin embargo, se veían obligadas a entablar relaciones amorosas con hombres capaces de ayudar a sufragar los gastos del hogar.

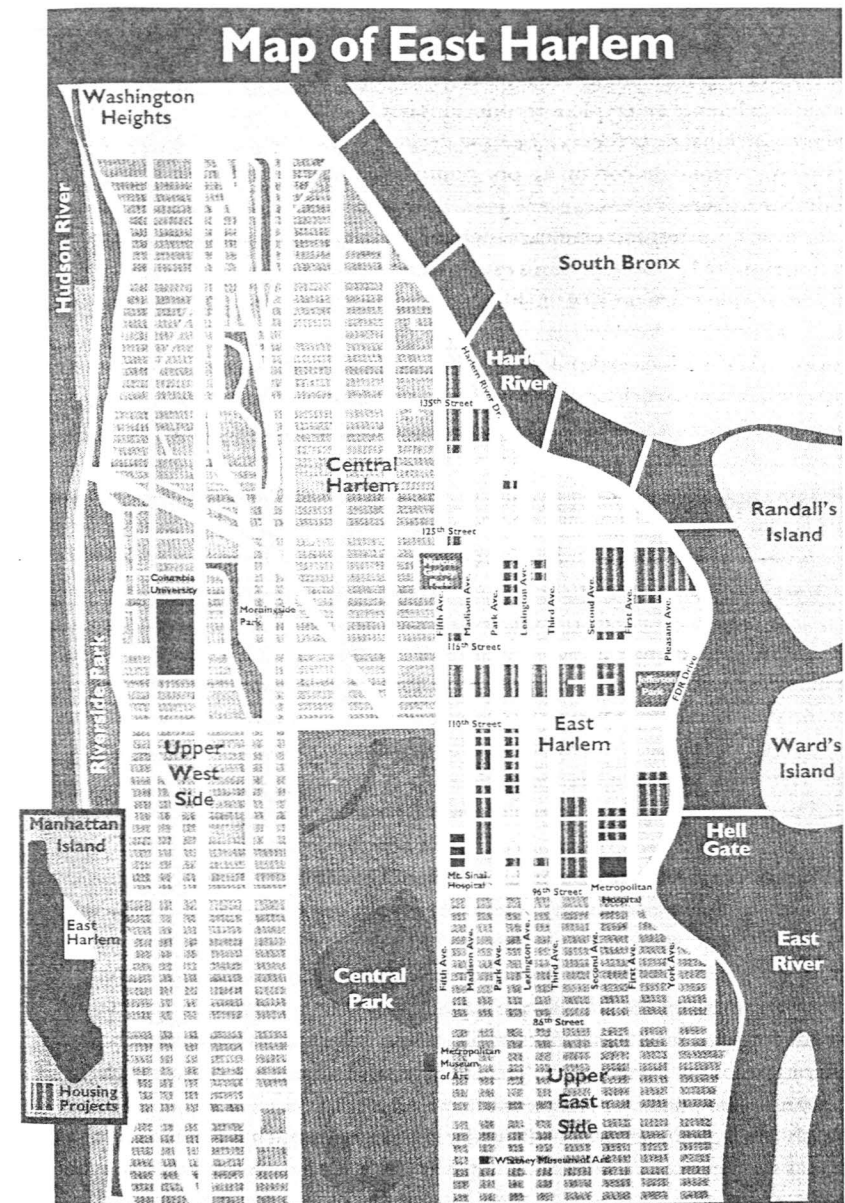
Las estrategias masculinas en la economía informal eran mucho más visibles. Algunos reparaban automóviles en las calles; otros esperaban en la entrada de los edificios a cualquier subcontratista que deseara emplearlos en tareas nocturnas informales, como la reparación de ventanas y la demolición de edificios. Muchos vendían "bolita", la versión callejera de las apuestas hípicas. El grupo más conspicuo, el que vendía pequeñas cantidades de una u otra droga ilegal, formaba parte del sector multimillonario más robusto de la pujante economía clandestina. La cocaína y el *crack*, sobre todo a mediados de los años ochenta y principios de los noventa, seguidos por la heroína y la marihuana desde mediados de los años noventa hasta finales de la década de 2000, representaban si no la única fuente de empleo igualitario para la población masculina de Harlem, al menos la de mayor crecimiento. La venta de drogas continúa superando holgadamente cualquier otra fuente de generación de ingresos, tanto legal como ilegal.⁷

La calle frente a mi edificio no era atípica, y dentro de un radio de dos cuadras era posible comprar *crack*, heroína, cocaína en polvo, valium, polvo de án-

gel,⁸ metadona, marihuana, mescalina, jeringas, alcohol de contrabando y tabaco. A cien metros de mi edificio, tres casas de crack vendían ampollas de droga a 2, 3 y 5 dólares. Unas calles más abajo, en una de las varias "fabriquillas de pastillas" [pill mill] del vecindario, un médico distribuyó 3,9 millones de dólares en recetas de Medicaid* en un solo año y obtuvo casi un millón de dólares por sus servicios. El 94 por ciento de sus "medicinas" estaba en la lista de los "fármacos recetados de los que se abusaba con mayor frecuencia" del Departamento de Servicios Sociales. Los beneficiarios de estas prescripciones revendieron la mayor parte de las píldoras que recibieron, ya sea al por menor en las esquinas o al por mayor a precio de descuento en las farmacias. En la cuadra donde yo vivía, arriba de la casa de crack donde llegaría a pasar gran parte de mi tiempo por las noches, otra clínica insalubre repartía sedantes y estupefacientes a una multitud de adictos demacrados. Los heroínómanos, sedientos y apiñados, esperaban la llegada de la enfermera encargada de levantar los portones no señalizados de la clínica, y absortos la veían fijar, sobre la ventana forrada de linóleo, un cartel de cartón escrito a mano que anunciaba: "LLEGÓ EL DOCTOR". Nunca pude investigar el volumen de negocios de esta clínica porque las autoridades nunca la allanaron. Sin embargo, en el caserío público frente a la mencionada "fabriquilla", la policía del Instituto Neoyorquino de Vivienda arrestó a una madre de cincuenta y dos años y a sus hijas de veintidós y dieciséis en el momento en que empacaban diez kilos de cocaína adulterada en ampollas *jumbo* de un cuarto de gramo. Estas empresarias se habrían embolsado más de un millón de dólares de haber vendido toda su mercancía. Al allanar el departamento, la policía encontró \$25 000 en billetes de bajas denominaciones.

En otras palabras, hay millones de dólares al alcance de los jóvenes que crecen en los *tenements* y los complejos habitacionales de East Harlem. ¿Por qué esperar, entonces, que estos jóvenes estén dispuestos a tomar el tren todos los días para ir a trabajar a las oficinas del distrito financiero para ganar salarios mínimos, cuando pueden ganar mucho más dinero vendiendo drogas en la esquina o en el patio escolar? Siempre me sorprende que tantos hombres y mujeres de la *inner city* permanezcan aferrados a la economía legal, trabajando de nueve de la mañana a cinco de la tarde más algunas horas extra, para ganar apenas lo suficiente para cubrir sus gastos básicos. De acuerdo con el censo de 1990, el 48 por ciento de todos los varones y el 35 por ciento de todas las mujeres mayores de dieciséis años de East Harlem tenían empleos legales, en comparación con el 64 por ciento de los varones y el 49 por ciento de las mu-

* Seguro de salud del gobierno de los Estados Unidos destinado a personas con bajos ingresos. [N. del T.]



Fuentes: Housing Environments Research Group of New York; Kevin Keamey, New York City Housing Authority; New York City Department of City Planning.

jeros de toda la ciudad.⁹ Los datos de mi vecindario indicaban que el 53 por ciento de todos los varones mayores de dieciséis años (1923 de un total de 3647) y el 28 por ciento de todas las mujeres (1307 de un total de 4626) trabajaban legalmente en empleos reconocidos por la oficina del censo. Un 17 por ciento adicional de la fuerza laboral se declaraba sin trabajo pero en busca de empleo, comparado con un 16 por ciento en El Barrio y un 9 por ciento en todo Nueva York.¹⁰

Es difícil y arriesgado emplear las estadísticas del censo para hacer generalizaciones sobre la *inner city*. Varios estudios encargados por la Oficina Censal demuestran que entre un 20 y un 40 por ciento de los jóvenes afronorteamericanos y latinos entre los diecisiete y los veinticuatro años de edad no aparecen en sus estadísticas. Muchos de ellos se ocultan deliberadamente, pues temen sufrir represalias por participar en la economía subterránea.¹¹ El Instituto Neoyorquino de Vivienda (NYCHA, por sus siglas en inglés) ha intentado medir la magnitud del encubrimiento en los sectores de bajos ingresos. En un informe de 1988, el Instituto compara y analiza los crecientes gastos de mantenimiento del Departamento de Bienestar Público con los de la Junta de Educación y determina que la población que vive en sus departamentos supera en un 20 por ciento el número que registra el censo.¹² Estas y otras cifras nos permiten hacer un cálculo aproximado de los números específicos para East Harlem y el microvecindario donde llevé a cabo mi trabajo de campo. Si suponemos que existe igual proporción entre las personas de ambos sexos, el desequilibrio entre el número de hombres y mujeres mayores de dieciséis años (3647 contra 4626) en las cuadras aledañas a mi edificio indica que alrededor de 979 varones (el 21 por ciento) eludieron el conteo oficial. Para la ciudad en su totalidad, hubiese sido necesario agregar un 16 por ciento de varones mayores de dieciséis años para obtener un equilibrio perfecto entre adultos de ambos sexos. En El Barrio, el 24 por ciento de los hombres no figuró en las estadísticas oficiales.

Resulta aún más complicado determinar el volumen de la economía subterránea, por no mencionar el narcotráfico.¹³ El censo, por definición, no proporciona datos sobre el tema. Si presuponemos que en las zonas urbanas el conteo oficial excluye a menos familias que individuos, una estrategia para medir la economía informal sería tomar en cuenta el número de familias que declara no recibir ingresos por concepto de "jornal o salario". Esta medida comparativa, sin embargo, sólo puede ser rudimentaria, ya que algunas familias se autoemplean en labores legítimas o viven de la jubilación. Además, muchas personas involucradas en la economía sumergida trabajan simultáneamente en empleos legalmente registrados. Este método alternativo tampoco logra medir el narcotráfico, porque gran parte de las familias que complementan sus ingresos con actividades irregulares tienen empleos lícitos y se mantienen al margen de las drogas. No obstante, se debe suponer que un gran número de hogares que no declaran

Tabla 1
Indicadores sociales comparativos por vecindario según el censo de 1990

	Número de habitantes	% de puertorriqueños	% de afronorteamericanos	% de habitantes bajo el nivel de pobreza	% de hogares con asistencia pública	% de hogares sin jornal ni salario	% de mujeres > 16 años con empleo	% de hombres > 16 años con empleo	% de hombres > 16 faltantes en relación con # de mujeres > 16
Microvecindario de la casa de crack	11 599	56	33	49	42	46	28	53	21
East Harlem	110 599	52	39	40	34	40	35	48	24
Nueva York	7 322 564	12	25	19	13	26	49	64	16

Fuentes: New York City Department of City Planning, Population Division 1992 [Agosto 26]; New York City Department of City Planning 1993 [Marzo]; New York City Department of City Planning 1993 [Diciembre]; 1990 Census of Population and Housing Block Statistics.

salarios dependen de una combinación de ingresos clandestinos, entre los cuales la venta de drogas puede representar una fuente importante.

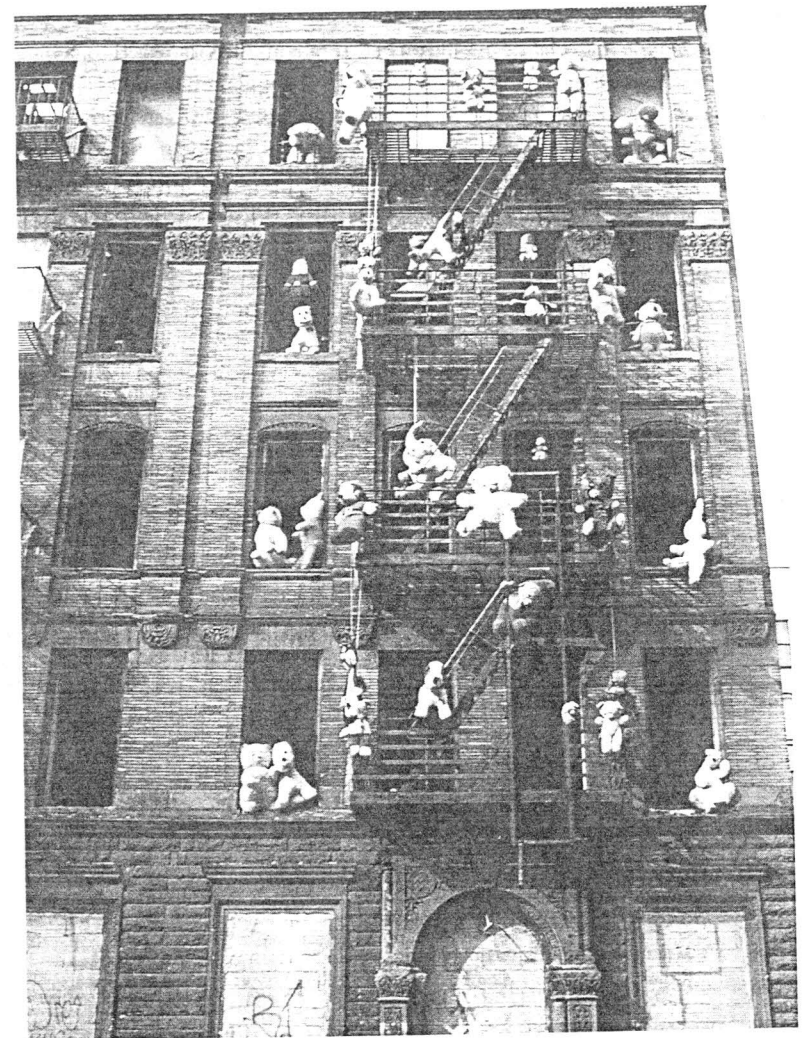
En todo caso, según las estadísticas oficiales, durante los años ochenta el 40 por ciento de los hogares de El Barrio no ganaba ingresos sujetos a impuestos, en comparación con el 26 por ciento de toda la ciudad de Nueva York. Los vecinos de las manzanas a mi alrededor estaban un poco más implicados en la economía clandestina, pues sólo el 46 por ciento de los 3995 hogares recibía sueldo o salario.

El número de hogares beneficiarios de la asistencia pública [*welfare*] representa otra medida útil para calcular el volumen de la economía informal. Es evidente que ninguna familia puede vivir únicamente de la asistencia federal, y que cualquier ingreso que declare se le descontará del cheque que recibe quincenalmente así como de su cuota mensual de cupones alimenticios. En las cuadras cercanas a mi edificio, el 42 por ciento de los hogares recibía ayuda federal, en contraste con el 34 por ciento de todos los hogares de East Harlem y el 13 por ciento de toda la ciudad de Nueva York.¹⁴

LA CULTURA DE LAS CALLES: RESISTENCIA Y AUTODESTRUCCIÓN

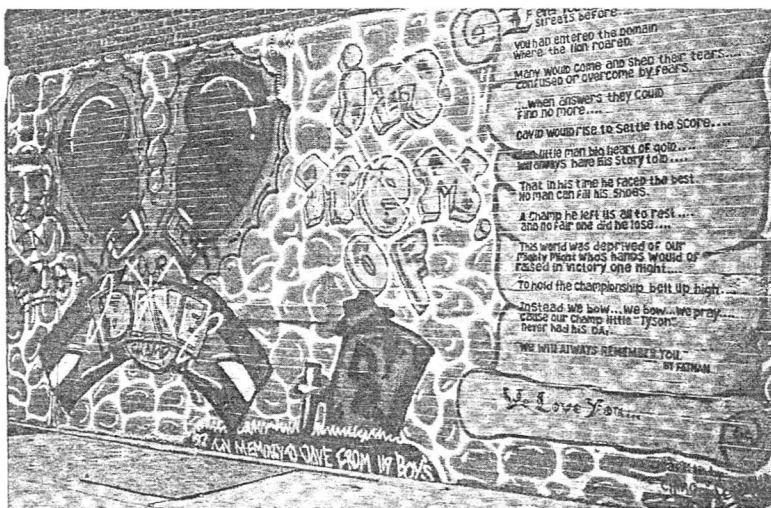
Cuando se aventuran fuera de su vecindario, los jóvenes de El Barrio a menudo enfrentan un ataque cultural que agrava la angustia de nacer y crecer pobres en la ciudad más rica del mundo. Esto ha producido en Nueva York lo que yo llamo la "cultura callejera de la *inner city*": una red compleja y conflictiva de creencias, símbolos, formas de interacción, valores e ideologías que ha ido tomando forma como una respuesta a la exclusión de la sociedad convencional. La cultura de la calle erige un foro alternativo donde la dignidad personal puede manifestarse de manera autónoma.

En el caso particular de los Estados Unidos, la concentración de poblaciones socialmente marginadas en enclaves deprimidos, ecológica y políticamente aislados del resto de la sociedad, ha fomentado una explosiva creatividad cultural como desafío al racismo y a la subordinación económica. Esta cultura callejera de resistencia no es un universo consciente o coherente de oposición política. Por el contrario, es un conjunto espontáneo de prácticas rebeldes que se ha forjado paulatinamente como un modo, un estilo, de oposición. Irónicamente, a través del mercado de la música, la moda, el cine y la televisión, la sociedad convencional suele absorber estos estilos antagónicos, y los recicla como "cultura popular".¹⁵ En efecto, algunas de las expresiones lingüísticas elementales con las que la clase media norteamericana se refiere a la autoestima (tales como *cool*, *square* o *hip*) se acuñaron en las calles de la *inner city*.



"Repoblación de El Barrio". El portero de este edificio abandonado colocó un grupo de peluches en las ventanas como protesta ante el deterioro de su cuadra, que se había convertido en un paraíso para el narcotráfico. Fotografía de Henry Chalfant

La búsqueda de los medios necesarios para hacer uso y abuso de narcóticos configura la base material de la cultura callejera contemporánea. Esto la hace mucho más poderosa y atractiva de lo que lo fue para generaciones anteriores. El comercio ilegal que ella supone, sin embargo, arrastra a la mayoría de sus participantes hacia una vida de violencia y adicción. Por lo tanto, y paradójicamente, la cultura callejera de resistencia interioriza la rabia y organiza la destrucción de sus participantes y de la comunidad que los acoge. En otras palabras, pese a que la cultura callejera surge de una búsqueda de dignidad y del rechazo del racismo y la opresión, a la larga se convierte en un factor activo de degradación y ruina, tanto personal como de la comunidad.



Mural conmemorativo de un joven asesinado cerca del Salón de Juegos, que aspiraba a convertirse en boxeador profesional. Foto de Óscar Vargas

Debe destacarse que la mayoría de los residentes de El Barrio se mantiene al margen de las drogas.¹⁶ El problema es que los ciudadanos que obedecen las leyes han perdido el control del espacio público. Independientemente de sus números absolutos o su porcentaje relativo, la población de Harlem que trabaja con dedicación sin consumir ni traficar drogas se ve obligada a atrincherarse y a tomar una posición defensiva. La mayoría vive con miedo o incluso con desdén hacia su vecindario. La angustia de las madres y los padres es tal, que encierran a sus hijos en sus casas en un firme intento por aislar-

los de la influencia de las calles. Viven con la esperanza de mudarse a otro lugar.

En otras palabras, los narcotraficantes que protagonizan este libro representan una pequeña minoría de los residentes de East Harlem, pero son ellos quienes han implantado el tono de la vida pública. Les imponen el terror a los vecinos, especialmente a las mujeres y los ancianos, que temen sufrir asaltos y agresiones. A la mayoría de los vecinos, el espectáculo de adictos demacrados congregados en las esquinas les inspira lástima, tristeza y rabia. Sin embargo, día tras día, los traficantes callejeros les ofrecen a los jóvenes que crecen a su alrededor un estilo de vida emocionante y atractivo, a pesar de su perfil violento y autodestructivo.

Independientemente de su marginalidad en números absolutos, no se puede desestimar a los individuos que acaparan la hegemonía en la *inner city*; debe hacerse el intento de entenderlos. Por esta razón, quise que en los años que viví en El Barrio mis mejores amigos fueran adictos, ladrones y traficantes. No hay lugar donde el calvario de los guetos estadounidenses se manifieste con mayor claridad que en el mundo de las drogas. Tomo prestado el cliché: "En lo extraordinario puede verse lo ordinario". Los adictos y traficantes de este libro representan respuestas extremas y quizá algo caricaturescas a la pobreza y la segregación. No obstante, nos ayudan a entender los procesos que experimentan poblaciones vulnerables que enfrentan cambios acelerados en la estructura de su sociedad en un contexto de opresión política e ideológica. No hay nada excepcional en la experiencia puertorriqueña en Nueva York, salvo que los costos humanos de la inmigración son mucho más evidentes por la rapidez y amplitud con que Estados Unidos colonizó y desarticuló la economía y la organización política de Puerto Rico. El único aspecto de su experiencia que merece calificarse como extraordinario es la manera en que los inmigrantes de la segunda y tercera generación continúan reinventando y expandiendo las formas culturales de la isla en torno a los temas de la dignidad y la autonomía. Tanto es así que un grupo de intelectuales puertorriqueños suele referirse a la "mentalidad de oposición" de Puerto Rico, forjada frente al hecho de una larga experiencia colonial.¹⁷

LOS ESTEREOTIPOS Y LA METODOLOGÍA ETNOGRÁFICA

Cualquier examen detallado de la marginación social enfrenta serias dificultades con respecto a la política de la representación, especialmente en los Estados Unidos, donde los debates sobre la pobreza tienden a polarizarse de inmediato en torno a ideas preconcebidas sobre la raza y los méritos individuales.

Por lo tanto, me preocupa que los análisis de historias personales presentados en este libro se malinterpreten como un intento de estereotipar a los puertorriqueños o como un retrato hostil de los pobres. He librado una lucha interna sobre estos asuntos por muchos años, pues concuerdo con los científicos sociales críticos del tono paternalista con que los tratados académicos y la literatura periodística estadounidenses acostumbran tratar el tema de la pobreza.¹⁸ Sin embargo, el combate contra los prejuicios moralistas y la hostilidad de la clase media hacia los pobres no debe acometerse al costo de “desinfectar” las calles de la *inner city* y presentarlas como si la destrucción y el sufrimiento no existiesen. Me niego a omitir o minimizar la miseria social de la que he sido testigo por temor a que una imagen desfavorable de los pobres se perciba como injusta o “políticamente incómoda”, pues eso me haría cómplice de la opresión.¹⁹

Es por lo tanto lógico que este libro encare las contradicciones inherentes a la representación de la marginación social en los Estados Unidos mediante la exposición de los acontecimientos brutales sin censura, tal como los experimenté o como me los relataron quienes participaron en ellos. En ese proceso, he hecho el esfuerzo de construir una concepción crítica de la *inner city* estadounidense. Por ello, la forma en que organizo mis temas centrales y presento las vidas y conversaciones de los traficantes de *crack* tiene como fin subrayar la relación entre las restricciones estructurales y las acciones individuales. Utilizo el marco analítico de la teoría de la producción cultural y me apoyo en el feminismo con el propósito de avanzar hacia una comprensión de la experiencia de la pobreza y la marginación social desde la perspectiva de la economía política. Tal comprensión sería inconcebible sin reconocer el papel activo de la cultura y la autonomía de los individuos, así como el rol fundamental de las relaciones entre los sexos y la esfera doméstica.

Como ya he señalado, las técnicas tradicionalmente cuantitativas de la investigación social, que dependen de las estadísticas de la Oficina Censal por un lado y de las encuestas de muestreo en los vecindarios por el otro, son incapaces de aportar información confiable sobre las personas que sobreviven en la economía informal, y mucho menos sobre las que venden o consumen drogas. Una persona social, cultural y económicamente subordinada suele mantener relaciones negativas con la sociedad dominante y desconfiar de los representantes de dicha sociedad. Los adictos y traficantes jamás le admitirían al encargado de una encuesta, por más amable o sensible que parezca, los detalles íntimos acerca de su consumo de drogas, por no mencionar sus actividades delictivas. Como resultado, es común que los sociólogos y criminólogos que con tanto esmero efectúan encuestas epidemiológicas sobre el delito y el consumo de narcóticos recopilen un sinnúmero de falsedades. No hace falta ser adicto o traficante para querer esconder los detalles de las actividades ilícitas

propias. Los ciudadanos “honestos” también participan en la economía informal cuando falsean los datos en los formularios fiscales con el fin de pagar menos impuestos. En fin, ¿cómo esperar que una persona experta en asaltar ancianos suministre información precisa sobre sus estrategias de generación de ingresos?

Las técnicas etnográficas de observación participante, desarrolladas sobre todo por la antropología social desde los años veinte, han demostrado ser más adecuadas que las metodologías cuantitativas para documentar la vida de los individuos marginados por una sociedad hostil. Solamente tras establecer lazos de confianza, proceso que requiere mucho tiempo, es posible hacer preguntas incisivas con respecto a temas personales y esperar respuestas serias y reflexivas. Por lo general, los etnógrafos viven en las comunidades que estudian y cultivan vínculos estrechos de larga duración con las personas que describen. Para reunir “datos precisos”, los etnógrafos violan los cánones de la investigación positivista. Nos involucramos de manera íntima con las personas que estudiamos.

Con esta meta en mente, amanecí en la calle y en las casas de *crack* en cientos de oportunidades, para poder observar a los adictos y a los traficantes que protagonizan este libro. Por lo general, utilicé un grabador para documentar sus conversaciones e historias personales. Visité a sus familias para participar en sus fiestas y reuniones íntimas, desde la cena de Acción de Gracias hasta el Año Nuevo. Pude entrevistarme, y en muchos casos entablé amistad, con las esposas, amantes, hermanos, madres, abuelas y, cuando fue posible, con los padres y padrastros de los vendedores de *crack* que aparecen en estas páginas. También dediqué tiempo a entrevistar a los políticos locales y a asistir a las reuniones de las instituciones comunales.

La explosión de la teoría posmodernista dentro de la antropología en los años ochenta y noventa puso en entredicho el mito de la autoridad etnográfica y denunció la jerarquía inherente a la política de la representación antropológica. La autorreflexión, reivindicada por los posmodernistas, resultó ser necesaria y útil en mi caso: yo venía de afuera, procedente de las categorías dominantes de clase, etnia y sexo, a intentar estudiar la experiencia de los puertorriqueños pobres en la *inner city*. Quiero reiterar que mi preocupación por estos problemas se manifiesta en la forma en que he editado y contextualizado las conversaciones transcriptas. Tal preocupación ha quedado reflejada en la estructura misma del libro.

Mientras editaba miles de páginas de transcripciones, llegué a valorar el cliché deconstruccionista de “la cultura como texto”. También reconocí que mi estrategia de investigación era de naturaleza colaborativa y, por lo tanto, también contradictoria. Aunque la calidad literaria y la fuerza emocional de este libro dependan completamente de las palabras claras y fluidas de los persona-

jes principales, siempre tuve la última palabra con respecto a cómo iban a transmitirse, y si iban a transmitirse, en el producto final.²⁰

Como he sacado a relucir el fantasma de las críticas teóricas postestructuralistas, quiero expresar mi desazón ante las tendencias profundamente elitistas de muchos adeptos del posmodernismo. La "política" de la deconstrucción suele limitarse a una retórica hermética y cerrada sobre la "poética" de la interacción social, con clichés dirigidos a explorar las relaciones entre el yo y el otro. Los etnógrafos posmodernistas se consideran subversivos, pero su oposición a la autoridad se concentra en críticas hiperletradas de las formas por medio de un vocabulario evocativo, una sintaxis extravagante o juegos polifónicos, en vez de ocuparse de las luchas cotidianas concretas. Sus debates entusiasman sobre todo a los intelectuales alienados suburbanizados, en efecto desconectados de las crisis sociales de los desempleados de la *inner city*. La autorreflexión de estos intelectuales con frecuencia degenera en celebraciones narcisistas de su privilegio. Asimismo, el deconstruccionismo radical hace imposible categorizar o priorizar las experiencias de injusticia y opresión, lo que sutilmente niega la experiencia auténtica de sufrimiento que les es impuesta, social y estructuralmente, a tantos individuos a través de las categorías de raza, clase, género y sexualidad y otras, en las que se pone en juego el poder.

Más allá de las luchas teóricas internas de los académicos, las técnicas de observación participante de la antropología social, si bien ofrecen un discernimiento inigualable a nivel metodológico, también están plagadas de tensiones analíticas fundamentales. Históricamente, los etnógrafos han evitado abordar temas tabúes como la violencia personal, el abuso sexual, la adicción, la alienación y la autodestrucción.²¹ Parte del problema surge a raíz de uno de los paradigmas de la antropología funcionalista, que impone orden y comunidad en sus proyectos de estudio. Por otro lado, la observación participante requiere de la injerencia personal de los etnógrafos en las circunstancias investigadas, lo que a menudo los incita a omitir las dinámicas negativas porque deben establecer lazos de empatía con las personas que estudian y necesitan su autorización para vivir con ellas. Esto puede conducir a diversas formas de autocensura que acaban afectando las cuestiones y los entornos examinados. Por un lado, es más fácil obtener el consentimiento de las personas si se investigan exclusivamente temas inofensivos o pintorescos. Por el otro, los ambientes extremos llenos de tragedia humana, como lo son las calles de El Barrio, pueden resultar física y psicológicamente abrumadores.

La obsesión de la antropología por "el otro exótico" ha disminuido el interés de los etnógrafos por estudiar sus propias sociedades y los expone al riesgo de exotizar sus hallazgos cuando el proyecto de estudio está cerca de casa. Tuve que vigilar que mi propia investigación no se convirtiera en una celebración *voyeurista* de los traficantes y de la cultura callejera en la *inner city*. La no-

table escasez de estudios etnográficos sobre la pobreza urbana, especialmente en los años setenta y ochenta, tiene mucho que ver con el temor de sucumbir a la pornografía de la violencia, que acaso sólo sirva para reforzar los estereotipos racistas existentes. La mayoría de los etnógrafos producen análisis comprensivos desprovistos de toda mirada crítica hacia los grupos y culturas que estudian. De hecho, tal suposición está entronizada en el credo antropológico del relativismo cultural: las culturas nunca son buenas o malas; sencillamente, poseen una lógica interna. Pero la realidad es que el sufrimiento es espantoso, disuelve la integridad humana, y los etnógrafos suelen impedir que sus sujetos de estudio luzcan repulsivos o desagradables. El impulso de "desinfectar" a los vulnerables ejerce un poder singular en los Estados Unidos, donde las teorías de acción individual que "culpan a la víctima" y presuponen la supervivencia del más apto constituyen el "sentido común". Como resultado, casi puede garantizarse que el público en general desfigurará las representaciones etnográficas de la marginación con una lente implacable y conservadora. La obsesión de los estadounidenses con el determinismo racial y con el concepto de mérito personal ha terminado por traumatizar a los intelectuales, menoscabando su capacidad para discutir temas como la pobreza, la discriminación étnica y la inmigración.

Por otra parte, la manera popular en que se concibe la relación entre el fracaso individual y las ataduras sociales estructurales tiene muy pocos matices en los Estados Unidos. Los intelectuales han abandonado la lucha y se han lanzado a efectuar retratos puramente positivos de las poblaciones desfavorecidas. Quienes han sido pobres o han vivido en vecindarios de bajos recursos reconocen que estas representaciones son completamente falsas.²² Este problema se manifiesta en numerosos escenarios académicos donde presento los temas de este libro. Muchos colegas progresistas o nacionalistas culturales, que suelen proceder de la clase media, parecen incapaces de escuchar mis planteamientos. Algunos reaccionan indignados al ver imágenes superficiales fuera de contexto. Parecen estar tan aterrados ante la posibilidad de proyectar "connotaciones negativas" que se sienten obligados a descartar todo mensaje amargo antes de escucharlo. Lo irónico es que muchas de sus críticas en estos foros expresan los puntos básicos de lo que intento exponer en estas páginas sobre la experiencia individual de la opresión social estructural.

UNA CRÍTICA DE LA CULTURA DE LA POBREZA

El Barrio y la experiencia de los puertorriqueños en los Estados Unidos han suscitado una vasta producción bibliográfica. A los puertorriqueños se los ha

llamado "el grupo más indagado pero peor comprendido de los Estados Unidos".²³ El último estudio etnográfico realizado en El Barrio que recibió atención nacional fue *La vida: una familia puertorriqueña en la cultura de la pobreza*, del antropólogo Oscar Lewis.* Elaborado a mediados de los años sesenta, este estudio ilustra claramente los problemas de la metodología etnográfica y, más específicamente, los riesgos del análisis de las historias personales. De hecho, junto con el informe de 1965 sobre las familias afronorteamericanas, realizado por Daniel Patrick Moynihan, *La vida...* suele mencionarse como uno de los libros responsables de ahuyentar a toda una generación de científicos sociales de la *inner city* estadounidense.²⁴ Lewis reunió miles de páginas de relatos personales de una familia puertorriqueña en la que la mayor parte de las mujeres ejercían la prostitución. La teoría de la "cultura de la pobreza" que desarrolló a partir de estas historias, además de otros datos etnográficos recopilados en México, hace hincapié en lo que el antropólogo llama la transmisión patológica de valores y de comportamientos destructivos dentro de las familias. Enraizado como estaba en el paradigma de cultura y personalidad de Freud predominante en la antropología estadounidense de los años cincuenta, su análisis pasa por alto el modo en que la historia, la cultura y las estructuras económico-políticas como las del colonialismo restringen la vida de los individuos. Cuarenta años más tarde, es fácil criticarle a Lewis su marco teórico simplista. Sus interpretaciones del carácter y las experiencias de los pobrísimos inmigrantes puertorriqueños adhieren al determinismo psicológico y caen en el individualismo extremo, lo que omite la explotación de clases, la discriminación étnica y desde luego la opresión machista, así como las sutilezas de los significados culturales en su debido contexto. En todo caso, pese a la falta de rigor académico, el libro de Lewis sobre la vida cotidiana en El Barrio y en los arrabales de Puerto Rico sintonizó con la propagada noción de "responsabilidad personal", herencia de la ética protestante del trabajo, y significó un éxito editorial en los Estados Unidos. La intención crítica del autor y su empatía hacia los grupos marginados no impidieron que su obra se interpretara como una de las cristalizaciones del desdén profundo que la ideología estadounidense siente hacia los "pobres sin dignidad".

No es casualidad que un antropólogo acuñara el concepto de la cultura de la pobreza a la vez que orientaba la colección de datos etnográficos hacia el comportamiento individual. Si bien los métodos de observación participante le otorgan a la disciplina un acceso privilegiado a las acciones de los indivi-

duos, es imposible tocar las estructuras del poder y la historia, o hablarles directamente. En el contexto neoyorquino de los puertorriqueños, los actos autodestructivos de las personas que buscan la supervivencia en las calles deben situarse en una larga historia de hostilidad interétnica y de dislocaciones sociales. En mis años en East Harlem, sumido como estaba en lo que parecía un torbellino de sufrimiento, era difícil percibir las relaciones de poder que configuraban el enjambre de interacciones humanas que sucedían a mi alrededor. Inmerso en el calor de la vida en El Barrio, sentía una confusa ira hacia las víctimas, los victimarios y la rica sociedad industrializada que logra engendrar tal nivel de sufrimiento. Una noche me encontré con una amiga embarazada que fumaba *crack* desesperadamente, y así destinaba a su bebé a una vida de trastornos personales y un cerebro inerte. ¿Qué sentido tenía invocar la historia de opresión y humillación colonial de su gente o reconocer su posición en la metamorfosis económica de Nueva York? Enfrascado en el infierno del grupo que los estadounidenses llaman su "clase inferior",* yo, al igual que mis vecinos e incluso las mujeres embarazadas adictas al *crack*, con frecuencia culpé a la víctima.

El análisis económico-político no es una panacea que pueda compensar las interpretaciones individualistas, acusatorias y racistas de la marginación social. Acentuar las estructuras sociales puede opacar el hecho de que las personas no son víctimas pasivas, sino sujetos activos de su propia historia. De hecho, la cualidad principal de la metodología etnográfica es que permite el surgimiento de los "peones" de las fuerzas estructurales; los enfoca para que se reconozcan como seres humanos que construyen su propio destino. Sin embargo, en numerosas ocasiones me sorprendí a mí mismo recurriendo al estructuralismo más rígido como un método para apartar la vista de las personas que se autodestruían en su lucha por sobrevivir. Cabe reiterar que este problema puede entenderse en el contexto del debate teórico acerca del rango de acción de las personas *versus* la estructura social,** es decir, la relación entre la responsabilidad individual y las restricciones sociales estructurales. Las observaciones incisivas de las teorías de la producción cultural y la reproducción social, sobre todo la idea de que la resistencia de la cultura callejera frente a la subordinación social es la clave contradictoria que explica su ímpetu destructivo, resultan útiles para evitar las interpretaciones simplistas. Por medio de las prácticas culturales antagónicas, los individuos le dan forma a la opresión que las fuerzas más grandes les imponen.²⁵

* Véase la traducción al español realizada por el escritor puertorriqueño José Luis González (México, Joaquín Mortiz, 1969).

* *Underclass* en inglés. [N. del T.]

** *"Structure versus agency"* en inglés. [N. del T.]

La dificultad de vincular las acciones individuales y la economía política, sumada a la timidez personal y política de los etnógrafos estadounidenses a partir de los años setenta, ha nublado nuestra comprensión de los mecanismos y experiencias de la opresión. Se me hace imposible resolver el debate que contrapone el rango de acción de los individuos a la estructura social. Tampoco puedo superar mi desconfianza de que algunos lectores hostiles vayan a malinterpretar mi etnografía como un método más de "calumniar a los pobres". Sin embargo, desde una perspectiva personal y ética, así como analítica y teórica, siento la obligación de exponer sin censura los horrores que presencié entre las personas con quienes trabé amistad.²⁶ Se debe hablar abiertamente y enfrentar el profundo dolor provocado por la pobreza y el racismo en los Estados Unidos, aunque hacerlo nos perturbe o incomode. He documentado una gama de estrategias ideadas por los pobres urbanos para eludir las estructuras de segregación y marginación que los encierran, incluso aquellas que los llevan a infligirse sufrimiento a sí mismos. Escribo este libro con la esperanza de que "la antropología pueda ser un foco de resistencia" y con la convicción de que los científicos sociales pueden y deben "enfrentarse al poder".²⁷ Al mismo tiempo, aún me preocupa la repercusión política de mostrar los detalles minuciosos de la vida de los pobres y los desfavorecidos, pues bajo el microscopio etnográfico todos tenemos verrugas y podemos parecer monstruos. Además, como señaló la antropóloga Laura Nader a principios de los años setenta, "es peligroso estudiar a los pobres, porque todo lo que se diga sobre ellos se usará en su contra".²⁸ No estoy seguro de que sea posible presentar la historia de mis tres años y medio como residente de El Barrio sin caer presa de una pornografía de la violencia o convertirme en un *voyeur* racista: en última instancia, el problema y la responsabilidad también están del lado del observador.

1. Etnia y clase: el *apartheid* estadounidense

*Felipe, nos encanta oírte hablar.
Suenas igualito a un comercial de la tele.
Una niña de ocho años*

Mi trabajo de campo en las calles de El Barrio casi acaba desastrosamente a mitad de camino cuando, involuntariamente, le "falté el respeto" a Ray, el dueño de las casas de *crack* donde pasé gran parte de mi tiempo entre 1985 y 1990. Era poco después de la medianoche y Ray visitaba su punto de venta más lucrativo para asegurarse de que el gerente del turno de la madrugada hubiera abierto el local puntualmente. A esa hora el negocio alcanzaba su auge y este exitoso empresario del *crack*, un voluminoso puertorriqueño de treinta y dos años, se encontraba rodeado de un séquito de empleados, amigos y personas que deseaban conocerlo: todos querían llamar su atención. Estábamos en la esquina de la calle 110 frente a la entrada del subterráneo de la Avenida Lexington, delante del edificio tipo *tenement* de cuatro pisos que ocupaban sus traficantes. Ray había camuflado el primer piso del edificio como un club social y un salón de billar nocturnos. Él y sus empleados se habían criado en el edificio antes de que el dueño italiano lo quemara para cobrar el seguro. Desde hacía mucho tiempo, esta esquina era conocida como La Farmacia por la cantidad insólita de sustancias psicoactivas que se conseguían allí, desde las drogas más comunes, como heroína, Valium, cocaína en polvo y *crack*, hasta las más sofisticadas y poco convencionales, como la mesalina y el polvo de ángel.¹

LA MALICIA DE LAS CALLES

En retrospectiva, me avergüenza que mi falta de astucia callejera me haya llevado a humillar, aunque fuera de manera accidental, al hombre responsable de asegurar no sólo mi acceso al mundo del *crack*, sino también mi bienestar físico. Pese a mis dos años y medio de experiencia en las casas de *crack* en ese entonces, quizá estuvo justificado que me dejara seducir por la atmósfera amistosa de una noche. Ray reía y conversaba recostado sobre el paragolpes de su Mercedes dorado. Sus empleados y seguidores también estaban alegres, pues "el jefe" acababa de invitarnos a una ronda de cervezas y había prometido

traer langosta del único restaurantucho chino que sobrevivía en la cuadra. A todos nos entusiasmaba ver a Ray de buen humor. Lo volvía capaz de una generosidad impredecible, en contraste con la rudeza que lo caracterizaba. La noche era joven y cálida. Los heroinómanos demacrados y los adictos al *crack* o a la cocaína intravenosa, congregados en la esquina de La Farmacia veinticuatro horas al día, siete días a la semana, se habían replegado por respeto a la vereda de enfrente. De vez en cuando miraban nuestro grupo con envidia. Teníamos el espacio bajo control.

Quizá también fuera normal que yo quisiera ostentar mi relación con el "bichote" de la cuadra, una relación que cada día era más estrecha y más privilegiada. En los primeros días de esa semana, Ray me había contado los detalles íntimos de su pasado como *stick-up artist*, o "artista" del asalto a mano armada. Según su relato, se especializaba en asaltar puntos de venta de droga hasta que un vigilante lo emboscó mientras huía de un punto de heroína con \$14 000. La fuga terminó en un tiroteo de techo a techo y una condena de cárcel de cuatro años y medio. La hermana de Ray cubrió la fianza con los \$14 000 robados que Ray logró ocultar antes de que lo arrestaran en un envase de alquitrán para techar.

Quizá también yo bajara la guardia porque, minutos antes, Ray había hecho alarde frente a todos de que me había comprado una Heineken, en vez de la Budweiser 15 centavos más barata que les había dado a los demás. "Felipe, ¿tú bebes Heineken, no?", preguntó en voz alta para que todos oyeran. Me sentí aún más privilegiado cuando él mismo se compró una Heineken, como para distinguirnos a los dos, con nuestras botellas verdes de cerveza importada, de los bebedores comunes de la calle.

Metido de lleno en este ambiente, pensé que era un buen momento para compartir el pequeño éxito mediático que había logrado esa mañana: una foto mía en la página 4 del *New York Post* junto al presentador de televisión Phil Donahue, tomada durante un debate sobre el crimen en East Harlem celebrado en el horario pico televisivo.² Yo esperaba que esto impresionara a Ray y a su camarilla y aumentara mi credibilidad como un "profesor de veras", con acceso al "mundo blanco" de la televisión diurna, pues en ese entonces, algunos miembros de la red de Ray continuaban sospechando que yo era un impostor, un adicto charlatán o un pervertido que se hacía pasar por un "profesor presumido". Peor aún, mi piel blanca y mi procedencia de una clase social ajena al vecindario mantuvo a algunos convencidos hasta el final de mi estadía de que en realidad yo era un agente antinarcóicos en una misión encubierta. La foto en el diario era una manera de legitimar mi presencia.

Noté que Ray se contrajo e hizo una cara extraña cuando le pasé el periódico, pero ya era demasiado tarde para detenerme. Yo ya había gritado: "¡Ey Big Ray, mira mi foto en el periódico!", en voz alta para que todos escucharan.

Media docena de voces habían empezado a pedirle que leyera el epígrafe de la foto. Ray hacía un intento torpe por manejar el diario y reinó un silencio ansioso mientras la brisa volteaba las páginas. Quise ayudarlo señalando con el dedo el punto donde comenzaba el texto, pero él se agitó, fingió indiferencia y trató de lanzar el diario a la cuneta. Sin embargo, sus admiradores le pidieron con más firmeza que leyera. "¡Vamos, Ray! ¿Qué pasa? ¿Qué dice la foto? ¡Lee, lee!" Ya incapaz de salvar las apariencias, inclinó el periódico hacia el ángulo en el que la luz de la calle le era más favorable y frunció el ceño con un gesto de concentración intensa. En una ráfaga de lucidez, por fin reconocí el problema: Ray no sabía leer.

Desafortunadamente lo intentó. Tropezó angustiosamente por el epígrafe (titulado, irónicamente, "La calma después de la tormenta") con una cara tan contorsionada como la de un estudiante de primaria a quien su maestro ha señalado para ridiculizarlo. El silencio que habían mantenido sus acompañantes se fue resquebrajando con risas ahogadas. La herida de fracaso institucional que Ray cargaba desde niño, enterrada y sobrecompensada a lo largo de los años, se había abierto repentinamente. "¡Coño, Felipe, me impolita un carajo! Lárguense de aquí. ¡Todos!" Con torpeza, acomodó su cuerpo en su Mercedes, apretó el acelerador y dio vuelta a la esquina haciendo rechinar las llantas, sin prestar atención ni a la luz roja ni a los traficantes que se encontraban frente a La Farmacia y que con su semblante de sobrevivientes de Auschwitz esquivaron el Mercedes y siguieron vendiendo cocaína, heroína adulterada, Valium y polvo de ángel.³

Primo, mi amigo más cercano en el vecindario, gerente de la otra casa de *crack* de Ray conocida como el Salón de Juegos, situada en una galería de videojuegos a dos puertas del departamento infestado de ratas donde yo vivía con mi esposa y mi bebé, me miró preocupado y me recriminó: "Oe, Felipe, humillaste al negro gordinflón". Alguien recogió el periódico de la cuneta, comenzó a leer el artículo e hizo un comentario sobre la calidad de la fotografía. Los demás sencillamente perdieron el interés, decepcionados porque no habría más cervezas gratis cortesía del jefe de los traficantes, y se retiraron a la casa de *crack* a escuchar *rap*, jugar billar y observar a los adictos demacrados que entraban a borbotones con puñados de billetes en las manos.

LOS PARÁMETROS DE LA VIOLENCIA, EL PODER Y LA GENEROSIDAD

Para recuperar la dignidad, Ray redefinió su ira como una preocupación legítima por el peligro que mi aparición en la prensa podía representar para sus operaciones. La siguiente vez que lo vi, se encontraba de pasada en el Salón de

Juegos, que quedaba al lado de mi casa, haciendo una entrega de *crack* y recojiendo el dinero de las ventas de media jornada. Al verme, me empujó contra una esquina y me dijo en voz alta, para que todos escucharan:

Felipe, déjame decirte, a la gente que hace que cojan a alguien, aunque sea por accidente, los encuentran en los safacones con el corazón por fuera y con el cuerpo hecho pedazos como pa una sopa... o a veces acaban con los dedos en un tomacorriente. ¿Tú me entiendes?

De inmediato se dirigió a su Lincoln Continental con vidrios polarizados, no sin antes tropezar con un pedazo de linóleo desprendido de la entrada del Salón. Para mi consternación, su novia adolescente, que lo esperaba en el auto masticando chicle sin mucha paciencia, eligió ese instante para desfruncir el ceño y lanzarme una mirada intensa. Aterrorizado de que, además de lo sucedido, Ray fuera a imaginar que yo coqueteaba con su nueva novia, miré hacia el piso y me quedé cabizbajo.

Primo estaba preocupado. Ray era diez años mayor que él y lo conocía de siempre. Me contó que, en su temprana adolescencia, Ray había encabezado dos pandillas no muy consolidadas, integradas por el propio Primo y sus actuales empleados: la TCC (*The Cheeba Crew* ["El corillo marihuano"])⁴ y la Mafia Boba.⁵ Le había enseñado a Primo a robar radios y a desvalijar negocios en el barrio rico al sur de East Harlem. Para recuperar mi propia dignidad, intenté ridiculizar la advertencia de Ray valiéndome de la broma misógina que Primo y César utilizaban a menudo para restarle importancia al cambio de humor de su jefe: "La mula anda con la regla, pana, ya se le pasará. Tranquilo". Pero Primo agitó la cabeza, me sacó del Salón de Juegos y me llevó a la vereda para aconsejarme que desapareciera por unas semanas. "Es que tú no entiendes, Felipe. Ese negro es loco. En la calle lo respetan. La gente lo conoce. De niño era un salvaje. Tiene fama". Yo interrumpí a Primo, retándolo: "¿Tú me quieres decir que le tienes miedo a Ray?", y él respondió con lo que en esa temprana etapa de nuestra amistad era una rara confesión de vulnerabilidad:

¡Coño! Si yo conozco a ese negro desde que yo era un nene. Estaba mal de la cabeza, pana. Yo pensaba que él me iba a violar, porque es un negro grande y yo era un flaquito chiquitín. Sólo tenía quince años. Ray hablaba como loco y decía pendejadas como: "un día de éstos te voy a dar por ese culo". Y yo no sabía si era verdad o no. Nunca me atreví a janguear solo con él.

Primo camufló el terror de sus recuerdos infantiles contando cómo Ray y su mejor amigo, Luis, habían violado a un mendigo en el lote baldío junto al Salón de Juegos. Yo apagué mi grabador, implantando inconscientemente el tabú que impera sobre las discusiones públicas de la violación. Pero César, el mejor amigo de Primo, que trabajaba como vigilante del Salón de Juegos, se nos unió afuera del local e insistió en que documentáramos la historia. Había interpretado mi sobresalto como reacción ante el temor de que cualquiera que pasara por la calle se molestara al ver a un "blanquito" tendiéndoles un grabador a dos puertorriqueños.

César: Saca el grabador, Felipe. Nadie te va a fastidiar aquí.

Primo: Sí, pana. Le dieron pol culo a un bon viejo y sucio. Lo siguieron a ese lote [señala la basura desparramada a la derecha].

César: ¡Sí, sí!

Primo: Ray y Luis se turnaron metiéndole el bicho ahí mismito [camina hasta el medio del solar para identificar el lugar].

César: Bien loco, pana. Ray es un puñetero puerco. Es un degenerado. Tiene fama. ¿Tú me entiendes, Felipe? Fama. En la calle eso quiere decir respeto.

Primo hizo caso omiso del comentario de César y me explicó que, en ese mismo instante, Ray se debatía entre matar a Luis, su cómplice de violación y amigo de la infancia, o cubrir sus gastos legales después de que lo arrestaran mientras entregaba un "bóndol" de *crack* en el Salón de Juegos.⁶ Según Primo, por una coincidencia inverosímil, el costo de un sicario era de \$3000, exactamente el mismo monto que cobraba el abogado defensor de Luis. Ray ya no confiaba en Luis, que también era primo hermano de Primo, a causa de su nuevo hábito como consumidor de *crack*. Pedía dinero compulsivamente y, peor aún, tenía reputación de "chota". En El Barrio corría el rumor de que varios años atrás, cuando lo arrestaron por un robo, no aguantó la presión en el interrogatorio policial y delató al esposo de su madrina como traficante de mercancía robada.

Los rumores sobre la brutalidad de Ray eran parte integral de su eficacia en el manejo de una red narcotraficante. Quien aspire a subir de rango en la economía clandestina suele hallar necesario acudir sistemática y eficazmente a la violencia contra los colegas, los vecinos e incluso contra sí mismo para evitar los timos que podrían tramar los socios, los clientes y los asaltantes profesionales. Comportamientos que para un extraño parecerían irracionales, "salvajes" y a la larga autodestructivos se interpretan como una estrategia de relaciones públicas y una inversión a largo plazo en el "desarrollo del capital humano" dentro de la lógica de la economía clandestina.⁷ Primo y César me lo explicaron con palabras menos académicas cuando nos conocimos:

Primo: No es bueno ser muy chulo con la gente, pana, porque luego se van a aprovechar de ti. Tú puedes ser bueno y amable en la vida real pero tienes que tener frialdad si vas a jugar el juego de la calle. Como: "Coño, no me jodas" o "Me importa un carajo". Así es la cosa para que no se metan contigo.

César: Así, como yo. La gente cree que yo soy un salvaje.

Primo: Aquí tienes que ser un poco salvaje.

César: En este vecindario tú tienes que ser un poco violento, Felipe. [Se oyen tiros] ¿Qué te dije? No puedes dejar que la gente abuse de ti, porque entonces piensan que no vales nada y mielda como ésa. Y ahí está el detalle: tienes que hacer que la gente crea que eres un tipo *cool* para que te dejen en paz.

No es que quieras ser abusador ni nada de eso. Es que no puedes dejar que otros te traten como les venga en gana, porque cuando los demás vean eso van a querer tratarte igual. Te ganas la reputación del blandito del barrio.

Y hay una forma de no tener grandes peleas ni nada de eso. Hay que tener esa reputación, como: "ese tipo es *cool*, no te metas con él", sin tener que dar ningún cantazo.

Y luego está la otra manera, que es a la cañona, la violencia total.

Completamente al tanto de las posibles consecuencias de la amenaza pública de Ray, decidí darle su espacio. Primo y César cooperaron para protegerme. Ideamos un *modus vivendi* para que yo los pudiera visitar en la casa de *crack* sin arriesgar un enfrentamiento con su jefe. Primo "contrató" a uno de los heroinómanos de la esquina y le encargó silbar cuando viera aproximarse el auto de Ray. De ese modo, al oír el silbido, yo podía escabullirme del Salón de Juegos y escapar a la seguridad de mi edificio, a dos puertas de distancia.

Incluso después de mantener este bajo perfil por varias semanas, no lograba reivindicarme en la mente de Ray. Primo me advirtió que su jefe tuvo sueños ominosos que me involucraban:

Ray soñó que tú eras un agente del FBI o la CIA, o más bien que eras de Marte o algo así, y que te habían mandado a espiarnos.

No es extraño que muchos tomaran este aviso simbólico con seriedad. Los sueños suelen tener gran importancia en la cultura popular puertorriqueña, especialmente para quienes participan de la híbrida "cultura nuyorican" de la segunda y tercera generación de puertorriqueños nacidos en Nueva York, donde las creencias religiosas de la isla se redefinen y se mezclan con las prácticas afrocaribeñas de santería.

Mis visitas camufladas continuaron por tres meses, hasta una noche en que Ray llegó al Salón a pie y nos sorprendió a todos en medio de una discusión escandalosa. Primo y yo intentábamos calmar al vigilante, César, que había tomado demasiado ron y había empezado a desahogar la rabia que le provocaba el autoritarismo de su jefe. A César lo habían apodado "C-Zone" por sus juergas habituales con alcohol y drogas. Había que tomarlo en serio y vigilarlo de cerca para controlar su tendencia a explotar en arrebatos arbitrarios de violencia. En esta ocasión, para tranquilizarlo, le recordamos las reglas de Ray sobre el comportamiento revoltoso en sus casas de *crack*.

César: ¡Ray se ha estado quejando! ¿Va a venir a decirme que no puedo janguear con ustedes?

Primo: Cálmate, no hagas tanta bulla. No te preocupes por eso.

César: Déjame que te cuente sobre Ray. Es el más gordo y el más vago hijo de la gran puta en todo el puñetero East Harlem. Porque es un gordinflón degenerado que toma Budweiser [hace una pausa para vomitar en el canasto de basura al lado de la entrada]. Es uno de esos imbéciles que cuando se siente bien, todos los demás tienen que cuidarse.

No deja que la gente gane chavos. Vas a ver, pana, yo le voy a enseñar a ese canto de cabrón... Yo me voy a deshacer de ese gordo Michelin culón. La única razón por la que no he matado a ese mollo hijo de puta es porque lo voy a joder.

[Me mira de frente] ¿Estás grabando esto, Felipe? ¡Vete a la gran puta!

[Gira hacia Primo] Tú también estás lambiendo mucho ojo, Primo, porque le tienes miedo al negro bembón ése. Pero yo lo mato. No es más que un mollo feo, un Black-a-Claus, una gorda bovina.

[Gira hacia mí otra vez] Yo sólo tengo miedo si estoy sobrio. No diría estas pendejadas... [señala el grabador] pero como estoy jendido mataría a ese gordo hijo de puta.

¿Tú me entiendes? [grita directamente al grabador] ¡Voy a matar a ese canto de cabrón!

Primo: [endurece el tono] Tú no vas a hacer na.

César: [con un tono casi sobrio] Claro que lo hago. Yo mataría. Yo estoy loco, pana. ¿Qué es lo que pasa? ¿Tú nunca piensas eso?

Primo: Hay que ser un mamao pa pensar una bobería como ésa.

César: ¡Sólo imagínate! Yo podría ser un psicópata.

Primo: ¿Tú le crees, Felipe?

Philippe: Sí, le creo. Pero no quiero estar cerca cuando empiece a disparar.

De pronto, cuando estábamos a punto de lograr que César se riera un poco para neutralizar su enojo, Ray entró al Salón sin anunciarse. Yo perdí y recuperé el control sobre mis emociones con la misma rapidez. Ray sencillamente me sonrió e hizo una broma hostil e insignificante sobre lo flaco que estaba y lo mal que me quedaban los pantalones. Todos nos reímos aliviados, incluso César, que de pronto estaba tan sereno y sorprendido como yo.

En los meses siguientes, mi relación con Ray fue mejorando paulatinamente. Para fin de año habíamos alcanzado el nivel de confianza que teníamos antes de que yo expusiera su analfabetismo. Pronto comenzó a saludarme con la pregunta de siempre: "¿Cómo va ese libro, Felipe? ¿Te falta mucho?", con lo que les comunicaba a todos los que nos rodeaban que yo tenía permiso de entrometerme en sus asuntos.

No sólo el miedo o la coerción mantenían la lealtad de los empleados de Ray. Algunos verdaderamente lo querían. Era capaz de corresponder a la amistad. Candy, amiga suya desde la infancia y una de las dos mujeres que vendieron *crack* para él en los años en que viví en El Barrio, lo describía cariñosamente:

De nene era como un osito *gummy*. Siempre fue un niño bueno.
[Hace una pausa pensativa] Se portaba mal, pero no como para que tú lo odiaras.

Éramos como hermanitos. Siempre me ayudó. Y no me entiendas mal, cuando me daba dinero lo hacía por la bondad de su corazón.

LAS BARRERAS DEL CAPITAL CULTURAL

Ray pudo haber sido un depravado, un osito *gummy* o un don omnipotente "con fama" para los demás. Mi propia relación con él puso de manifiesto una debilidad que mantenía escondida bajo la identidad que se había construido en la calle. En las ocasiones en que me contaba sobre sus aspiraciones, por ejemplo, me parecía extremadamente ingenuo o incluso que tenía ciertas dificultades para el aprendizaje. A pesar de su brillante éxito como gerente de una cadena distribuidora de *crack*, era incapaz de comprender las reglas y las convenciones intrincadas de la sociedad legal. Para tomar prestada la categoría analítica del sociólogo francés Pierre Bourdieu, carecía del "capital cultural" necesario para tener éxito en el mundo de la clase media, o incluso en el de la clase trabajadora. Lo irónico es que, para cuando me fui de Nueva York en agosto de 1991, nuestra relación nuevamente se había tornado problemática, aunque entonces fue porque había empezado a confiar en mí más de la cuenta. Deseaba designarme como su mediador con el mundo exterior y, al final, me exigía que lo ayudara a lavar dinero.

Todo comenzó con una llamada inofensiva: "Felipe, ¿tú sabes cómo se consigue una cédula de identidad?".

Ray tenía numerosos automóviles y fajos de billetes que le abultaban los bolsillos de los pantalones, pero no tenía licencia para conducir ni documento alguno de identificación legal. Fuera de la membrana protectora de las calles de El Barrio estaba desamparado. No tenía la menor idea de cómo lidiar con las autoridades burocráticas. Cuando fue a solicitar la licencia para conducir, los funcionarios del Departamento de Vehículos rechazaron la fotocopia que presentó del certificado de nacimiento y le insistieron en que debía mostrar una identificación con fotografía. Le expliqué lo que era un pasaporte y la manera de obtenerlo. Pronto comenzó a pedirme que lo ayudara a atravesar todos los obstáculos burocráticos que le impedían operar una empresa legal. Además, quería que lo acompañara a las subastas policiales que organizaba varias veces al año la Municipalidad de Nueva York para repasar las listas de edificios confiscados por evasión fiscal o por delitos relacionados con el narcotráfico, pues soñaba con comprar un edificio abandonado con el propósito de reciclarlo y establecer un negocio legal. Cuidadoso de no ofenderlo, siempre le inventé un cóctel de excusas para no convertirme en el habilitador de sus dudosas confabulaciones, que se derrumbaban tan pronto se topaba con cualquier institución o papeleo burocrático.

El primer negocio legal que Ray trató de establecer fue una lavandería automática. No supo atravesar el laberinto de permisos que debía tramitar y desistió después de unas semanas. Entonces alquiló un almacén de comestibles. Creyó haber adquirido un permiso sanitario y una licencia para la venta de alcohol, pero de nuevo se estrelló contra la burocracia y abandonó el proyecto. Su incursión más exitosa en la economía legal fue el alquiler de una antigua fábrica textil cuatro cuadras al norte del Salón de Juegos. Alquiló el espacio y lo transformó en un club social "legítimo" que alquilaba para fiestas, en las que luego vendía cerveza sin el permiso correspondiente. Estaba orgulloso de esta nueva operación y la consideraba legal porque la mantenía rigurosamente "limpia", ya que prohibía expresamente la venta de drogas en el establecimiento. En 1992, poco después de que se promulgó la Ley por los Derechos de las Personas Discapacitadas, la Municipalidad de Nueva York clausuró el local por no estar habilitado para sillas de ruedas.

ENFRENTAMIENTOS ÉTNICOS Y DE CLASE

Mi interacción con Ray era sólo una de las múltiples y complejas relaciones personales y contradicciones éticas con las que tuve que lidiar mientras viví en el